“Felices los que gozamos juntos de esta alta temperatura espiritual. Felices los que tenemos este refugio contra la dispersión y contra la melancolía del ambiente, porque fuera de aquí, en otras partes, en esa especie de gran cinematógrafo nacional, más pequeño que éste y seguramente en vísperas de clausura, que se llama Congreso de los Diputados, es tal ya la melancolía, es tal el tedio que se siente, está ya, después de esa bazofia turbia que acabamos de tragamos hace unos días…”

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

nº 356 (2ª Época). Mayo 2022

1. **Ainadamar. Fuente de lágrimas.** José María García de Tuñón Aza
2. **El Vale Quien Sirve de Enrique de Aguinaga.** Manuel *Parra Celaya*
3. **Vosotros, los moderados.** *Carlos León Roch*
4. **Mi nombre es Enrique.** *Enrique de Aguinaga*
5. **Muere Enrique de Aguinaga.** *Rafael Fraguas*
6. **Los papeles de Aguinaga.** *Honorio Feito*
7. **Carlos Arévalo, el falangista maldito por Franco**. *Javier Memba*
8. **El yugo y las flechas.** *César Cervera*
9. **Entrevista a Mari Pau Dominguez.** *Maria José Solano*
10. **Espacio Ardemans**

1

Ainadamar. Fuente de lágrimas

José María García de Tuñón Aza

Algunos de los que tienen intención de leer este artículo se preguntarán qué significado tiene el título del mismo. En pocas palabras, sólo decir que así se llama una ópera, su primera ópera, del compositor argentino Oswald Golijov con libreto del americano David Henry Hwang, que se ha estrenado ya en España. Según los críticos, esta ópera relata la amistad entre García Lorca y su musa Margarita Xirgu, aunque los acontecimientos que narra están contados cronológicamente de modo inverso a los sucesos históricos. Hasta aquí nada de particular.

Pero para saber algo más de esta ópera tuve la ocurrencia de entrar en Wikipedia y aquí pude leer una de las acusaciones más falsas de nuestra reciente Historia, aunque desconozco si está sacado del libreto o, simplemente, salió de la mente perversa de quien reprodujo estos párrafos: «El ensueño es roto por la llamada de Ramón Ruiz Alonso, el falangista [sic] que ordenó el arresto de Lorca, ejecutado en agosto de 1936s». Y más adelante, el maligno que escribió que Ruiz Alonso era falangista, añade: «Nadie sabe los detalles de la muerte de Lorca. Margarita tiene una visión de hora final: el oportunista Ruiz Alonso arrestando a García Lorca en Granada...». Anteriormente el funesto autor de estas líneas había escrito: «...la oposición de García Lorca a la Falange Española...».

Lo primero, decir que Ramón Ruiz Alonso jamás perteneció a Falange, fue parlamentario de la CEDA. Esto se puede comprobar en cualquier libro de historia que hable del asesinato de García Lorca. Para demostrarlo recogeré algunas opiniones de personas nada sospechosas. Comienzo, pues, con el hispanista y socialista Ian Gibson que en unas declaraciones al periodista Antonio Astorga en el diario ABC de 21 de septiembre de 2001, le dice: «Mire, si José Antonio Primo de Rivera hubiera estado en Granada, a Lorca no le matan. Porque Primo era un hombre con cultura, un poco poeta y con él se podía razonar. Yo hasta le tengo cierto cariño». El mismo autor, sabiendo como sabía que Lorca estuvo escondido y protegido en casa de los falangistas,

hermanos Rosales, cuenta en su libro El asesinato de García Lorca, refiriéndose a uno de los Rosales, el que era un excelente poeta: «Lo cierto es que Luis Rosales estuvo en peligro de ser también muerto a consecuencia del asunto de Lorca».

José Antonio y todos los falangistas, menos esos que, como escribió el poeta Luys Santa Marina, «vinieron después, cuando el sol doró el agosto, cuando ya había una ancha y segura calzada que unía el pasado y el porvenir de la Patria, hecha con huesos de Caídos, de nuestros caídos», sintieron gran admiración por García Lorca: Incluso hay quien escribió que José Antonio quiso que Lorca fuera el poeta de Falange. Ésta y la CEDA, como recientemente ha escrito Jesús Cotta en su libro Rosas de Plomo, durante la República las relaciones no habían sido buenas y, al principio de la guerra, mantuvieron un combate oculto. Es decir, hubo disensiones entre el núcleo revolucionario de los falangistas y la derecha contrarrevolucionaria que acabó llevando la voz cantante. Y una vez derrotados los rojos, el bando nacional derrotó a los azules.

Esa admiración de José Antonio por Lorca también la ha reconocido Francisco, el hermano del poeta, en su libro Federico y su mundo, cuando cuenta que, gracias al fundador de Falange, el poeta recibe una subvención que esperaba para su teatro La Barraca: «La subvención pudo ser salvada, se dice que gracias (y es posible) a la intervención del fundador de Falange, José Antonio Primo de Rivera, ferviente admirador de Federico». Y termino con unas citas del falangista Dionisio Ridruejo, que, cuando era director general de Propaganda, hace del cedista, no falangista, Ruiz Alonso. Dice que entre el personal heredado se encontró con el nombre del diputado obrero (de la CEDA) por Granada, Ramón Ruiz Alonso. «Como todo el mundo sabe, este hombre ha sido el jefe del grupo armado que detuvo a García Lorca en casa de la familia Rosales donde se había refugiado». A continuación, en su Casi unas memoria, Ridruejo sigue escribiendo: «Acabo de tomar posesión de este servicio y veo que usted sigue en él. Quiero decirle con toda claridad que no deseo su colaboración y que por ello doy por presentada y aceptada su renuncia. La razón es simple. Usted ha participado en la muerte de Federico García Lorca en Granada, una de las más lamentables e injustas que se han producido en esta guerra. Yo no soy un juez y no entro ni salgo en la responsabilidad que a usted le toque, pero no quiero tenerle a mis órdenes y considero que esta es la primera vez y última vez que tengo relación con usted».

Esta es la verdadera historia de este individuo que nunca perteneció a Falange, y que no he recogido Wikipedia. Toda esta serie de mentiras que se están publicando, por una inmensa mayoría de medios, posiblemente hayan sido las que iluminaron al peor presidente que tuvo España, José Luis Rodríguez Zapatero, para sacar adelante la

que hoy conocemos por Ley de la Memoria Histórica, sin que el PP, con mayoría en la Cámara, haya tenido nunca intención de anularla.

2 El Vale Quien Sirve de Enrique de Aguinaga

Manuel Parra Celaya

Se nos ha muerto Enrique: Enrique de Aguinaga. A punto de ser centenario, pues nació en 1923, fue testigo de excepción de una larga peripecia de la historia de España. Gustaba definirse como símbolo de la reconciliación, y tenía fundadas razones para ello: la muerte prematura de su padre, republicano y amigo de Félix Gordón Ordás, y de sus dos hermanos, Álvaro y Enrique, cada uno caído en un bando distinto en nuestra guerra civil y luego reunidos sus restos en una misma sepultura en Gijón, y, sobre todo, su condición de joseantoniano desde su adolescencia barcelonesa.

Algunos medios informativos se han hecho eco de su fallecimiento y, en breves artículos (creo que algunos sentidos) han destacado su gran labor como periodista y maestro de periodistas durante más de cincuenta años, así como sus numerosas distinciones y nombramientos, entre los que destaca su carácter de Decano de los Cronistas de la Villa de Madrid. Lo que ninguno de los obituarios menciona es esa constante identificación con el pensamiento y la obra de José Antonio Primo de Rivera, los libros y artículos escritos sobre el Fundador y, en consonancia con ello y por sus propias vivencias, su cariño a Cataluña. Sirvan estas líneas para compensar este vacío de sus panegiristas póstumos.

Conocí algunos de sus escritos hace bastantes años; por ejemplo, aquel “También la derecha ha fusilado a José Antonio”, que algunos jóvenes barceloneses reproducimos en edición en ciclostil desde el CCH, y lo seguíamos en sus artículos de prensa. Mi contacto personal con Enrique es relativamente reciente, si por reciente se entiende la friolera de casi veinte años; en concreto, fue con ocasión de la conmemoración del Centenario del nacimiento de José Antonio y de la constitución de Plataforma 2003. Me entusiasmó,

ya no solo la maestría de sus artículos y libros publicados, sino su impresionante capacidad de comunicador en sus exposiciones orales, como en la inolvidable conferencia "Un tal José Antonio".

También hay un aspecto que parece haber pasado desapercibido: su tremendo sentido del humor, que mantuvo durante una grave enfermedad, felizmente superada, y que se traslucía en sus correos electrónicos y conversaciones telefónicas hasta los últimos días de su vida; este humor, teñido de socarronería, más parecía propio de un gallego que de un cacereño…

En las Escuelas de Verano de Plataforma 2003, tras haberle escuchado en sus magistrales reuniones, solíamos reunirnos en corro nocturno y desenfadado, al modo de los fuegos de campamento juveniles; allí, Enrique cantaba con nosotros viejas canciones, contaba chistes desternillantes y jugosas anécdotas divertidas -todas verídicas- de sus años de periodista en activo y de su relación con personajes y personajillos públicos; imitaba a canzonetistas de su juventud y, con todo ello, encandilaba a un auditorio, tan serio en apariencia.

Cada año en que nos reuníamos, insistía en que asistía a aquellas jornadas "con permiso del sepulturero" y reivindicaba su condición de "anciano venerable" con una sonrisa; evidentemente, lo venerábamos, pero como amigo y camarada entrañable, que hacía gala de su condición de inasequible al desaliento como nadie, en compañía de veteranos como él y de jóvenes.

Efectivamente, jamás arrió de su filiación joseantoniana, que relacionaba de forma consecuente con su impronta de reconciliador de las dos Españas que él vio enfrentadas trágicamente y que vivió en sus propias carnes. José Antonio era sobre todo para él un "arquetipo", al modo de los héroes de Thomas Carlyle; veía en él la encarnación de una forma de vida, de un modo de ser, y de una promesa para España, que, aunque se estuviera viendo dilatada en el tiempo, no dejaría de llevarse a término en el futuro. Y a estas ideas sirvió a lo largo de toda su larga existencia, pues entendía que la vida no valía la pena vivirla sino era al servicio de una empresa grane.

Hizo, pues, de su vida un permanente acto de servicio, y merece, como indica el título de estas línea, el Vale Quien Sirve, lema de la Organización Juvenil Española, que procede de la norma de una antiquísima estirpe de la nobleza, aquella que tenía como consigna permanente ser capaz de renunciar a los privilegios, pero nunca a las

obligaciones. Sirvió durante toda su vida, sin esperar recompensa alguna, a la idea de España y de su integridad, a la de la unidad de los españoles, en consonancia con las palabras finales del Testamento de José Antonio. Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles.

No he pedido asistir al entierro de Enrique de Aguinaga, y lo siento. Me llegó la triste noticia justo cuando entraba en una iglesia de Murcia para participar en la Vigilia de la Pascua de Resurrección, de forma que quizás una de las primeras oraciones por su alma fuera la mía. La coincidencia de la fecha de la Resurrección me hace suponer, sin juicio temerario por mi parte, que también Enrique ha resucitado y está en ese Cielo que abrió Cristo como primicia para todos nosotros.

De haber asistido al sepelio de Enrique, me hubiera tenido que contener para dedicarle, no unas lágrimas que a él no le gustaban, sino un aplauso de merecido homenaje por su larga trayectoria de lealtad y de servicio a la Idea.

3 Vosotros, los moderados

Carlos León Roch

Los cristianos, los católicos y muchos llevan -llevamos- grabados en nuestros códigos genéticos y comporta-mentales las virtudes cardinales, previas a Jesucristo Prudencia-Justicia-Fortaleza y Templanza. Y, junto a ellas, las fortalezas del alma, Memoria, Entendimiento y Voluntad, especialmente formuladas para la mejor relación con Dios.

Pero, si estas Fortalezas son especialmente para Dios, aquellas Virtudes son para su uso generalizado, para el comportamiento del hombre en relación a los otros hombres; para la convivencia, o para la coexistencia cuando aquella no es posible.

La Prudencia me parece prácticamente similar a la Moderación, a la actitud de limar los ángulos más rotundos cuando éstos se confrontan con otros argumentos, con otras actitudes. Y claro que esa que esa es una gran virtud.

En la convivencia diaria, en nuestra propia familia; en el trabajo; en la comunidad de vecinos, tras un ordenado contraste de pareceres se llega a un consenso que satisface -muchas veces a medias- a los componentes de esa unidad, de esa comunidad. Lo mismo ocurre en los ámbitos políticos, municipal, regional o nacional, donde innumerables disposiciones, reglamentos o leyes nos satisfacen o nos

incomodan, pero las aceptamos, las toleramos, porque a muchos nos disgustan la abrumadora carga fiscal, con impuestos abusivos; o el menosprecio de zonas urbanas en relación a otras privilegiadas; o el nivel cultural y profesional de muchos políticos, aupados a puestos importantes sólo por lucir el carnet correspondiente… Naturalmente que toleramos, moderadamente, innumerables situaciones que no nos parecen justas, que no nos gustan.

Pero, en frase de Ed. *Burke "hay un límite, más allá del cual, la tolerancia deja de ser una virtud".* Y en España, ese límite se ha traspasado en varias cuestiones básicas, a algunas pocas verdades absolutas, a entidades permanentes de razón, por encima de las voluntades de pocos o de muchos. Así, partidos políticos defensores a ultranza del llamado Estado el bienestar, no dudan en ejecutar ese propósito a sus propios miembros, con retribuciones escandalosamente contrapuestas a las gentes originariamente sujetos de esa aspiración. O aquellos cientos de Diputados en Cortes que defienden con inusitado ardor y anteponen sus intereses regionales a los generales de la Nación; intereses generales para los que han sido elegidos. O leyes aberrantes que ignoran que el sexo viene definido genéticamente, y presente en los treinta millones de millones de células que componen nuestro cuerpo, definidos en cada una de ellas. Solo en absolutamente excepcionales casos de hermafroditismo es necesario la modificación en uno u otro sentido. Después la cirugía y la hormonoterapia puede modificar los signos EXTERNOS sexuales…pero los treinta billones de células continúan con sus cromosomas XX o XY. Y sí, hay partidos políticos tolerantes, demasiado prudentes.

Cualquier persona sanitaria o con formación cultural media sabe que en el embarazo de los mamíferos, el embrión o después el feto, no forman parte de la madre, sino que ESTÁN en la madre, y son un ser humano distinto a ella y al padre, con un código genético único. Y que destruirlo, practicar una IVE (como si se pudiera reanudar) es matar a un ser humano, aunque aún no "hombre" legalmente… Aplicando la genocida ley ¡esta sí, los partidos llamados irónicamente progresistas, han permitido, fomentado y pagado, la muerte de más de un millón de No Nacidos en España. No puede haber tolerancia ni moderación para eso. Y cuando alcanzaron el poder el partidos que proclamaba "la defensa de la Vida" ¿?, no suprimieron -ni suprimirán- esa nefasta ley, sustituyendo el erróneo grito feminazi del "¡Tu pares, tu decides!" por algo así como aborta, pero menos, ignorando que la única excepción para la defensa del No Nacido ,no es la "monjita violada", ni la "niña engañada", ni el Síndrome de Down en el feto, ni defectos

físicos, sino la defensa propia de la madre, en excepcionales circunstancias médicas. No, no puede haber tolerancia ni moderación en esto. Abortar es matar.

Matar, matar es otra acción alentada, promovida y pagada por los "progresistas" para el otro extremo cronológico de la vida. Y me sorprende que hayan médicos, colegas, que se presten a participar en esa acción de muerte, olvidando nuestro juramento hipocrático "Curar; aliviar, si no es posible curar; y consolar siempre". El suicidio es un "derecho "individual , pero nadie puede "suicidar" a otro.

La moderna medicina dispone de todos los medios para aliviar el dolor, pero la Eutanasia no es un Acto Médico . Creen, señores "progresistas" una nueva profesión, el tanatologista, con la que podrán colocar a muchos afines, y dejen en paz a los médicos. No, no puede haber tolerancia ni moderación en esto.

¡Ah! Entre otras cuestiones básicas ,no sujetas a tolerancia ni a moderación está la vigencia del art.2 de la Constitución Española de 1978: "*La Constitución se fundamenta en la indisoluble unidad de la Nación Española, patria común e indivisible de todos los españoles.*"

Pues no, aquí tampoco puede haber tolerancia ni moderación, amigos "moderados…".

4 Mi nombre es Enrique

Enrique de Aguinaga para la Razón

Un texto de Enrique de Aguinaga
Antes de emprender su último viaje, Enrique de Aguinaga, un gran periodista y observador de la vida cotidiana de casi todo, hizo una especie de despedida formal con un grupo de sus amigos de la "Sociedad de Pensamiento Lúdico", de la que era Presidente de Honor.
Reproducimos ese texto, que nos ha enviado Ramón Tamames, que es el Presidente en funciones de esa Sociedad de lúdicos y pensarosos. Los lectores podrán apreciar el sentido de la vida que tenía Enrique de Aguinaga, y como premonitoriamente anunciaba su marcha en la breve alocución que reproducimos, que hizo el domingo 30 de marzo.
Descanse en paz el amigo, el periodista y el pensador.

Estoy solo. Cierro los ojos para aislarme más. En la oscuridad, mis manos se buscan queriendo asirse, pues siento que me hundo en mi pensamiento. Mi pensamiento y yo, a solas, en medio de mi confusión y de mi ignorancia; en medio de siete mil millones de seres humanos habitantes de la Tierra. De ellos, tengo trato vivo

con una centena, con un millar, ¿qué más da? Sin contar los que han sido desde el principio, hayan o no hayan dejado huella monumental. Sépase, al menos, que los primeros cálculos, dificilísimos, sobre toda la población humana anterior a la actual (del orden de 100.000 millones) se atribuyen al demógrafo Carl Haub, en 1995.
Huella monumental. También me rodean templos, pirámides, acueductos, murallas, faros, palacios y tantos otros vestigios de los 100.000 millones de antecesores que reciben la exaltación y el cuidado de nuestros contemporáneos, aunque entre ellos haya también partidarios de traer tales vestigios porque –argumentan- fueron producto de la esclavitud.

En medio del progreso y de la aberración histórica, en medio del bien y del mal, fui creado hace noventa y ocho años: ser viviente, animal racional, humano, varón, blanco, español, generador, mortal. Y me pusieron el nombre de Enrique. He sido hasta ahora Enrique, con todas sus variantes y circunstancias. Preceptivamente he jurado la Constitución siete veces por escrito.

Ahora, entiendo que debo prepararme para devolver mi nombre, que recibí como préstamo. Es Cicerón, en tiempo de esclavitud, quien lo dijo: Tempus est quaedam pars aeternitatis (El tiempo viene a ser una parte de la eternidad, en De inventione). Siempre estamos llegando. Para los gallegos es la normalidad: Imos indo, vamos yendo, con ese morir de los ríos que van inexorablemente al mar, inmenso misterio

Frente al misterio, frente al mar, devolveré mi nombre que recibí de segunda mano. Tenemos nombres usados por otros. Algunas veces digo jugando No hay Enrique malo. Y vaya si los hay, al menos, según los códigos; al menos, si admitimos, aunque sea provisionalmente, que no todos somos buenos porque no hay igualdad de oportunidades.

Tengo que devolver todo, pues todo lo he recibido gratuitamente, por gracia. Dudo frecuentemente si soy dueño de mi pensamiento, en cuanto que frecuentemente pienso lo que no quisiera o no debiera pensar. No tengo derecho a nada. Como travesura, pienso como sería nuestro mundo, si, por magia repentina, desapareciese todo papel o quedara sin efecto todo derecho. Inimaginable. Sin embargo acepto la hipótesis de no tener derecho a nada.

Hay un tiempo en que, sin dudarlo, tenemos derecho a todo. Queremos tenerlo todo y, como remedo, nos conformamos con coleccionar objetos que empiezan a sobrarnos porque indebidamente, ocultando los libros, ocupan los estantes de la biblioteca y nos complican las metáforas.

Una lluvia de destellos estremecidos empapa los recuerdos: En el principio la Palabra existe (Biblia de Jerusalén, San Juan 1.1): Amad a vuestros enemigos (Lucas 6, 27-28): Señor, sonriendo has dicho mi nombre (Gabarrón): la infancia de Cristo (Berliotz); mi descendencia, mi trascendencia (Aguinaga); Ni derechas ni izquierdas (Ortega); amorosa invasión de claridad (Jorge Guillén)

Sufro una desolación tranquila. Me recupero. Enfrente tengo el mar. Lo estoy viendo. Es el agua inmensa y familiar, cielo derrumbado, horizonte que cruza mi ventana. Solo sé que vengo a devolver mi nombre.

5 Muere Enrique de Aguinaga

Rafael Fraguas para El País

La muerte de Enrique Aguinaga López, a los 99 años de edad, decano de los Cronistas de la Villa de Madrid, priva a la ciudad de uno de sus periodistas con mayor trayectoria profesional y docente. Había nacido en 1923 en la localidad cacereña de Valverde del Fresno, al haber sido destinado alli su padre, José Antonio Aguinaga, veterinario navarro, amigo íntimo del dirigente republicano y Embajador de España en Máxico, Félix Gordón Ordax. En Valencia, en 1937 y con 13 años de edad en plena Guerra Civil, Aguinaga recordaba haber escuchado al embajador español asegurar que la guerra estaba perdida para la causa republicana y que su misión entonces, en la visita ad limina que giraba al Presidente de la República era preparar el exilio español en el país azteca con el presidente Cárdenas.

Enrique de Aguinaga cursó Bachillerato en el Instituto Salmerón de Barcelona, donde fue alumno del filósofo Eduardo Nicol; posteriormente, estudiaría Magisterio y siguió estudios de Técnico de Telecomunicación para graduarse posteriormente en Periodismo. Comenzaría su

ejercicio profesional en el diario Arriba, para desempeñarlo luego en medios como La Vanguardia, Ya, Hoja del Lunes, la Voz de Madrid y La Gaceta y, décadas después, en la revista La Ilustración de Madrid, que dirigió durante siete años. Experto en información local, su carrera giró en torno a la ciudad de Madrid, de cuyo Estatuto de Capitalidad fue comprometido adalid. Durante años pugnó por conseguir un desarrollo reglamentario del artículo 5 de la Constitución Española, que asigna a Madrid la capitalidad de España.

De igual modo, como docente de Periodismo, docencia que desarrolló como Profesor en la Escuela Oficial, en la Escuela de Periodismo de la Iglesia y en el CEU-San Pablo, se convirtió en uno de los enseñantes que desplegó más beligerancia para conseguir la integración de los estudios del Periodismo en la Universidad, que culminaron con la creación de la Facultad de Ciencias de la Información en la Universidad Complutense, de la cual fue catedrático y, posteriormente, emérito.

Fue asimismo el primer Doctor en Ciencias de la Información que ingresó en la Real Academia de Doctores, con un discurso sobre La dimensión científica del Periodismo. En las asociaciones profesionales, como la Asociación de la Prensa, en la que detentaba el carné profesional número 1, y la Federación de Asociaciones de la Prensa, desempeñó distintas Secretarías y cargos directivos. Premio Nacional de Periodismo con los galardones Luca de Tena, Rodríguez Santamaría y Mesonero Romanos, fue autor de media docena de libros, señaladamente Periodismo, profesión, de 1980, utilizado como libro de texto en las escuelas periodísticas. De igual modo, publicó, con Stanley Payne, Mil veces José Antonio, sobre el líder falangista, de cuyo pensamiento se consideraba legatario. En los años 60, emprendería una breve carrera política tras ser nombrado Delegado de Servicios del Ayuntamiento de Madrid y, posteriormente, Director Gerente de Mercamadrid, durante el mandato municipal del alcalde Carlos Arias Navarro.

Con amplia desenvoltura social, Enrique Aguinaga desplegaba una capacidad de trabajo manifiesta en una ingente tarea documental sobre la Historia de Madrid, recientemente cedió su copioso archivo al Museo Municipal de Historia. Dotado de un humor teñido de cierta socarronería, por las aulas del Profesor Aguinaga, padre de una familia numerosa con dos hijos periodistas, Atocha y José, han pasado centenares de estudiantes que recuerdan su erudición, su compromiso docente y sus profundos conocimientos sobre Madrid, ciudad a la que dedicó los años más intensos de su dilatada trayectoria profesional

6

Los papeles de Aguinaga

Honorio Feito para Desde la Puerta del Sol

En el escritorio de mi ordenador tengo una carpeta titulada «los papeles de Aguinaga». Incluye algunos documentos facilitados por el ilustre periodista y maestro, fallecido la tarde del Sábado Santo, a los 99 años de edad según los comunicados de la prensa (García de Tuñón me insiste en que tenía 98), y resúmenes de nuestras conversaciones durante mis dos últimas visitas a su casa-biblioteca, en el verano de 2017 y en noviembre de 2018, antes de que comenzara a entregar su archivo (en el pasado octubre, por ejemplo, donó al Museo Municipal de Historia, de Madrid, de una colección de algunos documentos, ante la presencia del actual alcalde, Martínez Almeida, y del que también fuera regidor José María Álvarez del Manzano).

Mi relación con Aguinaga, y su familia, se remonta a mi época de estudiante de Periodismo en la Facultad de Ciencias de la Información. Son pocos los periodistas actuales que no han pasado por el aula del profesor Aguinaga. Como delegado de grupo, a los que acostumbraba a dividir sus clases, asistí a un encuentro en su casa de la Ciudad de los Periodistas. Por aquel tiempo, hice mi primer año de prácticas, como meritorio, en el diario Arriba, en el que él tra- bajó allá por los años cuarenta del pasado siglo, donde coincidí con su esposa, Manolis, de la que re- cuerdo especialmente su cariñosa acogida a cuantos empezábamos en esta maravillosa profesión, y la no menos cariñosa necrológica que Jaime Campmany le dedicó en *ABC*, tras su fallecimiento. Y, más adelante, he tenido de compañero al benjamín de sus hijos, Santiago, en la sección de Reporteros de El Alcázar.

Mis dos últimas visitas a su casa fueron como consecuencia de mi trabajo sobre el juez Eduardo Iglesias Portal, protagonista de mi libro Iglesias Portal, el juez que condenó a José Antonio, editado por Actas en septiembre de 2019, con prólogo de Enrique de Aguinaga. Según José María García de Tuñón, Aguinaga fue el autor que más ha escrito de José Antonio entre libros, artículos y ensayos.

Los papeles de Aguinaga (comprenderá el lector que no desvele la totalidad del contenido de esta carpeta), incluyen algunos de los asuntos que interesaban al periodista. Una revisión rápida del contenido del archivo me lleva de nuevo al tema Iglesias Portal, que ocupó en su día el tiempo y el trabajo del profesor, subrayando que su amistad con José Luis Sáenz de Heredia lo man- tuvo al día, en los planes del cineasta, para llevar al celuloide un trabajo sobre su primo José Antonio. Y la decepción con la familia de Iglesias Portal, de quien únicamente Sáenz de Heredia quería un testimonio sobre el abrazo en- tre el magistrado y el fundador de Falange Española, que desaprobaron las hijas del magistrado. También de las gestiones de Pepe Gárate, en México, con Leonor Sarmiento, presidenta del Ateneo Español, y con el licenciado F. Javier Gaxiola, presidente de la Academia de Jurisprudencia de aquel país, quien conoció a Iglesias Portal.

Ameno, divertido, algo socarrón, no dejé escapar la oportunidad para hablar de periodismo y de periodistas «¿Que cómo era César González Ruano?» –me dijo para contestar a mi pregunta, y respondió: «¡qué gracia! ¿Cómo es Aguinaga...? Pues era el periodista que mejor adjetivaba... todo un personaje...». Nacía mi curiosidad por la lectura de un libro de Marino Gómez Santos sobre González Ruano. Y me expresó su admiración por Sánchez Silva, Ismael Herráiz, la redacción de aquel diario Arriba, el maestro Rafael García Serrano... y me manifestó su amistad con José María García de Tuñón, con Antonio Izquierdo y, en varias ocasiones, reconoció que Luis María Anson jamás lo censuró, que le dio libertad para escribir y le dejó publicar lo que quiso, aunque no fuera de su agrado o aunque el artículo fuera contrario ideológicamente a lo que Anson pensaba. Tengo anotado que la figura de Luis María Anson fue varias veces ensalzada durante mis encuentros.

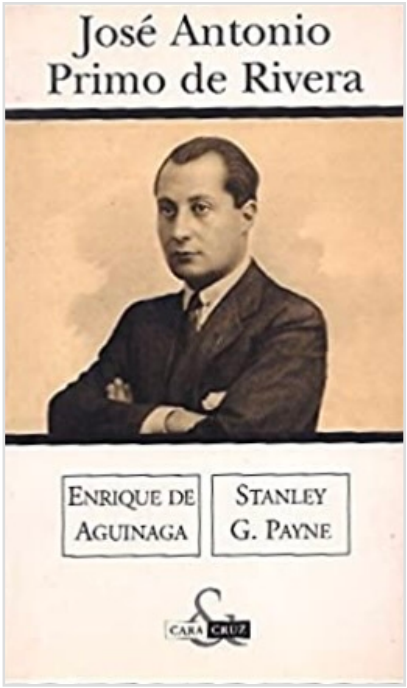
Hablamos también de personajes como Salmón Amorín, ministro joven de la II República, fusilado en Paracuellos cuando no había cumplido los 36 años, y hablamos de Miner Otamendi, el periodista bilbaíno que nos ha dejado algunos interesantes trabajos sobre el Madrid de los años sesenta del pasado siglo.

Aguinaga era joseantoniano y franquista. Como quien te enseña una reliquia, me dio copia de una galerada del diario Arriba, que conservo entre mis pa- peles. Se trata de un artículo firmado por Mac Aulay, el pseudónimo utilizado por Francisco Franco para sus escritos sobre temas internacionales. El ar- tículo fue tachado por la censura oficial del régimen. ¿Y qué pasó?, le pre- gunté... «pues nada, que se publicó. Era mejor esperar la multa del censor que la reprimenda de El Pardo».

Le fascinó la intervención de Vernon Walters con el Caudillo, cuando enviado en secreto por Nixón, el ya ex secretario de Estado norteamericano, y sin conocimiento de Henry Kissinger, que entonces ocupaba su cargo, se acercó a España para entrevistarse con el Generalísimo e inquirir la opinión de éste en un futuro que

deseaba no cercano. Franco, que no necesitaba muchos datos para interpretar la actuación, respondió que tras su muerte, España tendría una democracia al estilo de las occidentales, tan del gusto de los norteamericanos, ingleses, franceses... con drogas, prostitución, paros, etc., pero que no habría problema porque él lo dejaba todo controlado. Walters interpretó, entonces, que el control lo ejercería el ejército y se lo preguntó a Franco, a lo que éste respondió que no, el control lo ejercería la clase media que él había creado, sobre la que descansaría el peso y el precio de esa nueva sociedad. Aguinaga investigó sobre esta visita de Walters, incluso en los protocolos de la Casa Blanca, pero no encontró rastro de la visita que, más adelante, haría pública el propio Vernon Walters.

Pero, especialmente curioso para Aguinaga fue cuando me comentó que Franco tenía desde muy al principio de la guerra el plan de futuro perfecta- mente concebido: decía Aguinaga que Franco soltaba sus intenciones en pequeñas dosis, y no hacía pública una de estas dosis hasta que los efectos provocados por la anterior se hubieran disipado o asimilado. Franco quería la restauración de la monarquía parlamentaria borbónica, pero no podía avan- zar nada porque los fundamentos ideológicos del Movimiento eran la Falange, republicana por definición, y el Carlismo, monárquicos de la línea legitimista. Y me advirtió Aguinaga: Franco fue entrevistado por Juan Ignacio Luca de Tena para *ABC de Sevilla*, entrevista que se publicó el 18 de julio de 1937. Ese día era domingo. En la hemeroteca virtual de *ABC*, en la colección escaneada, no figura esa entrevista. La colección escaneada y digitalizada salta del sábado 17 al lunes 19... ¡curioso, curioso!



Con Aguinaga el tiempo era un flash. Entre las atenciones de Rosa, la persona que se encargó de cuidarlo los últimos años, le espeté una pregunta tópica, pero no siempre bien aclarada: Don Enrique, ¿qué pensaba Franco de los falangistas?, y me respondió contándome la anécdota ocurrida con motivo de la inauguración de las sedes nuevas de los diarios Ya y Arriba. La redacción del primero estaba en la calle Alfonso XI y se trasladó a la calle Mateo Inurria. La fiesta de inauguración fue todo un acontecimiento, al que asistieron Franco y siete de sus ministros, obispos y altas jerarquías y personalidades. Dos horas de visita, una en el despacho del director. Después vino la inauguración de la nueva sede de Arriba y la prensa del Movimiento. El periódico pasó de su redacción en la calle Larra a la del Paseo de la Castellana, sede del Catas- tro. Se preparó una gran recepción para el Caudillo, pero a la inauguración

no asistió Franco. Arriba era el periódico del régimen, pertenecía a FET y las JONS. En Arriba pensaron que tenían asegurada la presencia del Generalísimo, pero no fue así.

Como cada Navidad, Enrique de Aguinaga enviaba a sus amistades un tríptico familiar, en el que nunca faltaba su recuerdo para Manolis, y para sus hermanos, hijos y nietos, y felicitaba con este personal sistema las Navidades. Por mi despacho tengo unos cuantos, de los que no quiero desprenderme. También su felicitación por mi libro *La Prensa en Asturias 1800-1950*, cuyo ejemplar le hice llegar sabiendo que era uno de los temas que siempre le gustaban a este periodista que me contaba con cierta dosis de emoción, cuando se estrenó como maestro, en tierras gallegas, compartiendo en la lareira, un cuenco de leite con castañas, y carne de cerdo. Eran, aquellos tiempos lejanos cuando un bachiller, con un examen, podía dedicarse a la enseñanza, como él hizo.

7 Carlos Arévalo, el falangista maldito por Franco

Javier Memba para Zenda

Sospechosos habituales (1995) es, sin lugar a duda, la mejor película realista de Bryan Singer. El resto, bien puede decirse, son fantasías de superhéroes, asimismo notables, ciertamente. Sobre *Valkiria* (2008) y *Bohemian Rhapsody* (2018) será mejor correr un tupido velo. Pues bien, uno de esos sospechosos a los que vengo a referirme, Roger *Verbal* King (Kevin Spacey), intentando convencer a Dave Kujan (Chazz Palminteri), uno de los policías que le está interrogando, de la existencia de Keyser Sozé —un asesino legendario por su crueldad y su sadismo: mató a su propia familia cuando unos hampones rivales intentaron doblegarle tomándola como rehenes—, afirma que la gran creación del Diablo ha sido convencer a la gente de que no existe.

Por un procedimiento semejante, me inclino a pensar que el gran hallazgo de una actividad tan diabólica como la política, a ambos lados del espectro, ha sido convencer a la gente de su necesidad cuando, como dijo alguien muy sabio, sólo existe para resolver los problemas que ella misma,

con anterioridad a la propuesta de su solución, ha creado. Tan tremenda paradoja ya sería bastante para calificar la siempre infausta política como una de las actividades más despreciables que puede ejercer un ser humano. Pero yo sostengo que la perversión de su práctica también se verifica, tanto o más que en la mentira sobre la que pivotan a derecha y a izquierda todas las organizaciones de esta índole, en las luchas intestinas con las que se defenestran entre sí los correligionarios, estando ya todos en liza por la conquista del estado.

La verdadera emancipación del individuo radica en la cultura: el zote es infinitamente más manipulable que el culto. Los políticos lo saben perfectamente y, aunque se les llena la boca hablando de grandezas como la libertad de expresión y la enseñanza pública y democrática, maldicen y bendicen la cultura mediante su política de subvenciones, premios y prebendas. Puestos a ello llegan a ser tan perversos como el Keyser Sozé de Bryan Singer y, a menudo, parecen inspirados por el Diablo. Perfectamente conscientes de que el cine fue la manifestación cultural más importante del siglo XX, como tal lo manejaron al servicio de su ideario. Sólo así se explica que Eisenstein fuera estigmatizado y censurado por Stalin y que Carlos Arévalo, uno de los escasos cineastas verdaderamente falangistas, sufriera una persecución muy semejante por parte de Franco.

Casi puede decirse que en Arévalo arranca ese cine de exaltación castrense que imperó en la cartelera autóctona de los años 40. Fue aquella una pantalla que tuvo en Alfredo Mayo a su principal protagonista, su argumentista más *sutil* en el propio Franco —bajo el seudónimo de Jaime de Andrade—, y algunos de sus mejores títulos en cintas como *¡A mí la Legión!* (Juan de Orduña, 1942), *Raza* (José Luis Sáenz de Heredia, 1942), sobre un argumento escrito por el propio Jaime de Andrade, o *Los últimos de Filipinas* (Antonio Román, 1945), sobre los héroes de Baler.

Todo ese cine, que en su faceta colonial parece inspirado por *La bandera* (Julien Duvivier, 1935), una de las cumbres del realismo poético francés, e imbuido por el espíritu de *If*, el poema de Rudyard Kipling —un canto a la templanza mientras todo se viene abajo, que José Antonio Primo de Rivera tenía enmarcado en su despacho profesional de Madrid—, tuvo al primero de sus realizadores en Arévalo. Quién hubiera dicho que tras *¡Harka!* (1941), su tercera realización documentada, el cineasta que acercó a los espectadores una visión sublimada de la guerra de África acabaría siendo uno de los grandes malditos del cine patrio.

Fueron las *harkas* unidades de rifeños mandadas por un oficial español que operaron en el Marruecos del protectorado. A buen seguro que el capitán Santiago Balcázar (Alfredo Mayo), el protagonista de la de Arévalo, quien siempre monta un

caballo blanco —como el de Santiago, el patrón de España— y su entrega a la milicia es tan grande que rechaza los permisos que le concede el mando, suscitó las simpatías de Franco. Así pues, no hubo ningún problema cuando se anunció el rodaje de su siguiente cinta, *Rojo y negro.* Antes al contrario: todo fueron facilidades. El permiso para su rodaje se concedió el 29 de septiembre de 1941, un día después de ser solicitado, sin dilación alguna.

Cómo puede entenderse, entonces, que dos semanas después de su estreno en el madrileño cine Capitol, el veinticinco de mayo del 42, contraviniendo la propia legalidad vigente, que impedía que ninguna autoridad prohibiese las películas aprobadas previamente por la junta de censura, fuera retirada de la cartelera de forma fulminante. Bien es verdad que la noche anterior había sido objeto de una proyección en el antiguo teatro de la corte de Carlos III, de El Pardo, donde Franco, el nuevo inquilino del palacio —quien, como todos los dictadores, era un cinéfilo notable— se había hecho instalar una sala de proyecciones. Se impone ahora un *flashback* que podría arrojar alguna luz sobre una prohibición tan desconcertante como irreversible…

En abril de 1937, Falange Española de las JONS se había convertido en la fuerza prominente de todas las sublevadas contra la II República: unos treinta y seis mil falangistas combatían en el frente. Ese partido, sin demasiada militancia cuando se intentó acabar con él en marzo del 36, tras el triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de aquel año, declarándoselo ilegal y procediendo a la detención de unos dos mil de sus seis mil miembros —desde la junta política hasta los jefes de centuria, y no pocos de escuadra, todos los camisas azules dieron con sus huesos en la cárcel— se había convertido en la inspiración ideológica de los sublevados y en su mayor fuerza de choque. Es más, el vertiginoso aumento de la militancia falangista obedecía a que, desde que Franco consiguió trasladar a la Península el grueso del ejército de África, todo el mundo sabía quién iba a ganar la guerra y la Falange ya se asociaba al dictador que habría de tiranizar a España en los años venideros. Arribistas hay, siempre y bajo cualquier circunstancia, en todas partes. Entre los "camisas nuevas" —tal llamaban los "camisas viejas" a los falangistas de nuevo cuño—, menudearon. Ese oportunismo contribuyó a desdibujar el primer proyecto político del partido tanto como la voluntad subrepticia de Franco.

Sin embargo, el vínculo entre el dictador y aquella primera Falange no estaba tan claro como parecía y aún parece. En la idea predominante en nuestro siglo XXI, todos son "fachas" y asunto concluido.

Desde el comienzo de la sublevación, el autoproclamado caudillo "por la gracia de Dios" quería unificar bajó su mando a todos los alzados. Ya andando en la

contienda, contemplaba con recelo cómo se abría un abismo entre la Falange —que aún era considerada una fuerza revolucionaria— y la Comunión Tradicionalista —por definición conservadora—, su segundo gran banderín de enganche.

Eso era lo que había cuando Franco tuvo noticia de los Sucesos de Salamanca, que el quince de abril del 37 enfrentaron a tiros a dos facciones de la Falange. Los llamados legitimistas, por ser familiares de Primo de Rivera —Sancho Dávila, Agustín Aznar…—, rechazaban a Manuel Hedilla, nombrado en septiembre del 36 jefe nacional del partido por una junta de mando provisional mientras sus dirigentes más destacados permanecían en la cárcel —Primo de Rivera— o habían caído en los primeros días de la guerra —Onésimo Redondo—. Los legitimistas argumentaban que Hedilla —quien había impresionado al fundador por su afán de servicio— carecía de formación para dirigir el partido, que otros camaradas le escribían los discursos. Naturalmente, a nadie le interesó recordar que fuera quien fuese el autor de esos discursos, en el de la navidad de 1936 Hedilla pedía a los falangistas que dejasen de matar a la gente por haber votado a la izquierda.

En la medianoche del diecinueve de abril, después de algunos muertos en la refriega entre los falangistas, Franco promulgó el Decreto de Unificación. Falange Española y de las JONS y la Comunión Tradicionalista dejaban de existir como organizaciones independientes para integrarse ambas en Falange Española Tradicionalista y de las JONS bajo el mando del Caudillo. Y así pasaron cuarenta años. Aquello fue el germen de lo que, hasta el final de la dictadura, habría de ser conocido como el Movimiento. Hedilla, que había salido airoso de la lucha con los legitimistas, fue relegado por Franco a un puesto de vocal en la junta del nuevo partido. Como se negó a la unificación, una semana después, el segundo jefe nacional de Falange Española fue detenido por traición junto a sus seiscientos camisas viejas por los franquistas.

A partir de entonces, su suerte, la de todos los hedillistas, habría de ser la misma que la de los “rojos”, con quienes, pese a odiarse mutuamente, como sólo lo hacen los españoles eternamente enfrentados por las rencillas políticas, compartían prisión. Condenado a muerte por intervención de algunos falangistas sumisos a Franco, la pena le fue conmutada por cadena perpetua. Permaneció entre rejas hasta el 41, cuando se le confinó en Mallorca. Para entonces, la Falange ya había sido despojada de todo su sentido revolucionario. El nacional sindicalismo de sus orígenes había dado paso al nacional catolicismo y los camisas nuevas del Movimiento, la falange de Franco, no tardarían en complacerse arrojando botes de pintura a las carteleras de las salas donde se proyectaba *Gilda* (Charles Vidor, 1946), al considerar pornográfica la célebre secuencia en la que Rita Hayworth se quita su famoso guante largo. Para entonces,

Hedilla ya era un mito entre los falangistas que hablaban de la revolución pendiente y el pensamiento joseantoniano.

Ya volviendo a la prohibición de *Rojo y negro*, todo parece indicar que obedeció a la vieja pugna entre falangistas y carlistas (tradicionalistas), que no cejó en toda la dictadura que les obligó a la unión, pero que alcanzó su momento álgido en aquellas fechas. Unos meses después (agosto del 42), en el atentado de Begoña, unos falangistas arrojaron una granada de mano a los carlistas mientras éstos celebraban una misa en memoria de sus muertos.

A partir de entonces, su suerte, la de todos los hedillistas, habría de ser la misma que la de los "rojos", con quienes, pese a odiarse mutuamente, como sólo lo hacen los españoles eternamente enfrentados por las rencillas políticas, compartían prisión. Condenado a muerte por intervención de algunos falangistas sumisos a Franco, la pena le fue conmutada por cadena perpetua. Permaneció entre rejas hasta el 41, cuando se le confinó en Mallorca. Para entonces, la Falange ya había sido despojada de todo su sentido revolucionario. El nacional sindicalismo de sus orígenes había dado paso al nacional catolicismo y los camisas nuevas del Movimiento, la falange de Franco, no tardarían en complacerse arrojando botes de pintura a las carteleras de las salas donde se proyectaba *Gilda* (Charles Vidor, 1946), al considerar pornográfica la célebre secuencia en la que Rita Hayworth se quita su famoso guante largo. Para entonces, Hedilla ya era un mito entre los falangistas que hablaban de la revolución pendiente y el pensamiento joseantoniano.

Ya volviendo a la prohibición de *Rojo y negro*, todo parece indicar que obedeció a la vieja pugna entre falangistas y carlistas (tradicionalistas), que no cejó en toda la dictadura que les obligó a la unión, pero que alcanzó su momento álgido en aquellas fechas. Unos meses después (agosto del 42), en el atentado de Begoña, unos falangistas arrojaron una granada de mano a los carlistas mientras éstos celebraban una misa en memoria de sus muertos.

En cualquier caso, la cinta ya se daba por perdida —se persiguió hasta la destrucción de cuanto a ella concernía—, hasta que la Filmoteca Española dio con una

copia, asaz deteriorada, en 1993, tras el cierre de CEPICSA, su antigua distribuidora. Empezó a proyectarse en el 96 y a partir de entonces, los verdaderos cinéfilos —que no tienen ningún problema ante el mensaje de las grandes películas— volvieron sobre Carlos Arévalo. El maestro había muerto en el 89, prácticamente en el olvido al que el franquismo, como a la "revolución pendiente", condenó su obra maestra.

Nacido en Madrid en 1906, el futuro cineasta estudió Escultura en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. De hecho, acabó siendo catedrático de Escultura en la Escuela de Artes y oficios. Combatiente falangista en la guerra, seguramente hedillista, se inició en el cine con *Ya viene el cortejo* (1939), un ensayo cinematográfico sobre el poema *Marcha nupcial* de Rubén Darío.

Conoció la gloria tras el estreno de *¡Harka!* Y también supo del destino que el Régimen reservaba a los camisas viejas disidentes tras la prohibición de *Rojo y negro.* Uno de sus hijos, preguntado por los estudiosos de nuestra pantalla cuando se recuperó la película, confesó que no la había visto porque, a partir de la interdicción, la vida de su familia fue a peor radicalmente. Es decir, la misma suerte que aguardaba a los hedillistas cuando se manifestaban.

Aun así, tras varios proyectos fallidos, obras menores y coproducciones dudosas, todo ello consecuencia del estigma que el franquismo le impuso, volvió a hacer otra cinta notable: *Hospital general* (1956), un acercamiento a los entresijos de este centro madrileño. Fuera cual fuese su ideología, la grandeza del cine de Carlos Arévalo no se ve afectada.

8 El yugo y las flechas

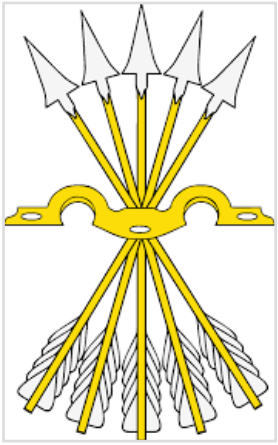
César Cervera para ABC

Se da la paradoja histórica de que el partido Nazi, que haría las veces de verdugo del Reino de Prusia en su proceso nacionalista y centralista en Alemania, rozó la obsesión con la simbología y las figuras claves de esta entidad política ya extinta. Adolf Hitler eligió la Iglesia de la Guarnición de Potsdam, construida durante el reinado de Federico El Grande, para inaugurar la nueva Alemania el 21 de marzo de 1933 en una ceremonia donde colocaron coronas de flores sobre las tumbas de los reyes prusianos históricos. «Los símbolos por los que luchamos están henchidos por el espíritu de Prusia, y los objetivos que esperamos alcanzar son una forma renovada de los ideales por los que combatieron en su día Federico Guillermo I, Federico El Grande y Bismarck», declaró en un discurso Joseph Goebbels por aquellas fechas.

Por supuesto, los ideales por los que luchó la dinastía Hohenzollern no tenían nada que ver con el racismo contemporáneo de Hitler y de su partido. Es más, Federico El Grande era homosexual, francófilo y uno de los reyes más permeables a la cultura ilustrada de su tiempo. En Italia, Benito Mussolini (nombre que viene, curiosamente, del presidente mexicano Benito Juárez) también se valió de la historia de otra gran potencia asentada en la Península itálica, en su caso la Antigua Roma, para presentar su movimiento político como un heredero de los grandes emperadores y generales clásicos. El dictador italiano adoptó del Imperio romano, entre otras cosas, el saludo brazo en alto y las fasces (la unión de 30 varas atadas de manera ritual con una cinta de cuero rojo formando un cilindro que sujeta un hacha común) como emblema del Partito Nazionale Fascista. Un símbolo que desde tiempos de la República romana significaba unión, orden y justicia.

La Falange española se enfrentó a mediados del siglo XX al mismo dilema. Con pocos medios y menos apoyos sociales, José Antonio Primo de Rivera, primogénito del dictador, creó en el otoño de 1933 Falange, un movimiento político nacional sindicalista que fusionó el fascismo italiano con elementos patrios como la defensa de la unidad de España o la preeminencia del catolicismo. En 1934, Falange se fusionaría con las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista de Onésimo Redondo y Ramiro Ledesma Ramos, de modo que en cuestión de un año Primo de Rivera se encumbró como jefe principal e icono de este movimiento extremo con escaso apoyo electoral pero con gran presencia en la calle.

A la hora de buscar una simbología, que como el partido de Mussolini, hilara presente con un pasado glorioso, FE de las JONS recurrió al periodo imperial de España. Su distintivo asumió el escudo con el yugo y las flechas, tomados de los símbolos de los Reyes Católicos, sin que todavía hoy esté claro a quién se le ocurrió esta regresión al pasado de la Monarquía hispánica. Según escribió en «Genio de España» (1934) Ernesto Giménez Caballero, falangista de primera hora e instigador del matrimonio imposible entre Pilar Primo de Rivera y Adolf Hitler, fue él quien lo habría planteado primero como símbolo del fascismo español. Lo cual es como poco dudoso.



Sí es cierto que otro histórico del partido, Rafael Sánchez Mazas, había destacado ya en una conferencia pronunciada en Santander el 24 de enero de 1927 lo poético de este símbolo olvidado de los Reyes Católicos, lo cual, al menos, demuestra que

en el ambiente donde iba a germinar la Falange estaba presente el yugo y las flechas como representación de una España anhelada.

La versión más aceptada es que el símbolo se vinculó con el fascismo español a través de fundación de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS), en 1931, cuando Juan Aparicio argumentó a su favor porque, siendo alumno de la facultad de Derecho de Granada, el profesor socialista Fernando de los Ríos había dibujado en la pizarra el antiguo símbolo de la monarquía de los Reyes Católicos señalando a continuación que, de haber nacido el fascismo en España, ése hubiera sido su símbolo y no el del haz de fasces que llevaban los lictores romanos. Dicho y hecho.

Según contaría Ramiro Ledesma en 1935, la propuesta de Aparicio se adoptó por unanimidad, lo que incluyó el beneplácito de José Antonio Primo de Rivera, quien deslizó en el primer número de su periódico «El Fascio» que en Falange ya se había sugerido esta misma idea, como demostraba la conferencia de Sánchez Mazas elogiando el valor histórico del yugo y las flechas de 1927.

En cualquier caso, con la fusión de ambas formaciones en febrero de 1934 el símbolo de las JONS se convirtió en el de todo el partido. José Antonio lo definió, expresamente, como el emblema común del movimiento: «El yugo de la labor y las flechas de poderío».

¿Por qué lo eligieron los Reyes Católicos? Tanto el yugo (divisa personal de Fernando II de Aragón con reminiscencias agrícolas) como las flechas (emblema de Isabel de Castilla con referencias a la fuerza militar) existían como símbolos mucho antes de la existencia de Falange o de las JONS, que lo tomaron del escudo de los Reyes Católicos, quienes, a su vez, lo asumieron de tiempos clásicos.

Fernando de Aragón asumió el yugo, trenzado y anudado por un sólido cordón, para simbolizar su poder y vincular idealmente su figura política a la del mítico

Alejandro Magno, al más puro estilo del Renacimiento. Lo hizo bajo la influencia del humanista Elio Antonio de Nebrija, aunque según Menéndez Pidal a este autor solo le correspondió la sugerencia del lema «Tanto Monta».

El yugo hacía referencia a la leyenda del nudo gordiano que el conquistador de la Antigüedad se encontró en la ciudad de Gordión (Anatolia). Según los términos de este mito, Alejandro fue avisado por cierto oráculo de que el hombre que desatara el nudo que sujetaba con un yugo la lanza de un carro del Rey Gordios allí custodiado sería el dueño de Asia. Para no perder tiempo, Alejandro cortó con su espada la soga de un tajo a la par que pronunciaba la sentencia «Nihil interest quomodo solvantur» («poco importa el modo de desatarlo»). Tras ello, se dirigió a conquistar Oriente.

A nivel político el yugo hacía referencia tanto a cuestiones agrícolas como a la resolución y rapidez de Fernando para atajar los problemas de gobierno, mientras que las flechas de Isabel se ha considerado tradicionalmente, aparte un símbolo militar, como una mención a la unión de fuerzas y de reinos que representaba su reinado.

El por qué Isabel escogió la divisa de las «once flechas atadas por medio», que ya en 1482 aparece vinculado a su figura, no está lo suficientemente estudiado. A falta de más investigaciones, se relacionan estas flechas con un pasaje clásico protagonizado por el Rey de los escitas. Según un relato recogido por Plutarco, el Rey Sciluro reunió a sus 30 hijos en su lecho de muerte y los retó a que el que fuera capaz de romper un haz de flechas se llevaría su corona. Ninguno lo consiguió, tras lo cual el Rey escita fue tomando una a una las flechas del haz, partiéndolas ante sus ojos, a la par que les manifestaba que «al igual que acontece con tales armas, si permanecían unidos, serían invictos pero si reinaba entre ellos la discordia y la disidencia, serían vulnerables y débiles frente a sus enemigos».

El Rey Sciluro reunió a sus 30 hijos en su lecho de muerte y los retó a que el que fuera capaz de romper un haz de flechas se llevaría su corona

El número de flechas que usó en su divisa Isabel osciló, según la ocasión, de cinco a once (el número de letras de Fernando en latín), pero en todos los casos con las puntas

abatidas y unidas en un haz. Dependiendo del lugar y el tiempo se representa un número u otro. En la Capilla Real de Granada aparecen nueve flechas, al igual que en Santo Tomás de Ávila; mientras que, por ejemplo, la fachada de la Universidad de Salamanca contiene un medallón con nueve.

Con la unión dinástica entre los reyes, el escudo con el Águila de San Juan de ambos incluyó el yugo de Fernando, pero representado con la Y inicial de Ysabel, y, las flechas de Isabel, con la F inicial de Fernando. Un intercambio galante de sus divisas para escenificar el matrimonio que dio forma a la España moderna.

9 Entrevista a Mari Pau Domínguez

María José Solano para Zenda

Hablamos con la periodista y escritora Mari Pau Domínguez de su último libro: No habrá otra primavera (La Esfera de los Libros, 2022), donde se cuenta la intensa y apasionada vida de Carmen de Icaza, una de las escritoras más leídas de los años cuarenta, que Mari Pau ha narrado con extraordinario pulso para sacar del olvido a una de aquellas mujeres que supieron alzar la mirada y sobrevolar posicionamientos políticos y rencillas ideológicas. Una verdadera vida "de novela".

La charla tiene lugar en la impresionante terraza del Hotel Urban, en la madrileña Carrera de San Jerónimo. La escritora nos ha citado allí porque "aquí me tratan muy bien. Me siento como en casa".

—¿Por qué dedicarle un año de tu vida a Carmen Icaza?

—Podría mentirte y decirte que era una mujer que me fascinaba desde hace tiempo y tal, pero no. La verdad es que ha sido un encuentro fortuito y maravilloso. Y se lo debo a Ymelda Navajo, editora de La Esfera de los libros, que me contactó para pedirme que escribiera la historia de esta mujer. Y fíjate, hacía muchos años que yo no escribía en esta editorial, realmente, desde mi primera novela histórica, El diamante de la reina, en la que narraba un episodio de la vida de Isabel de Valois. Y

ocurrió más o menos así también. Realmente a Ymelda y a La Esfera les debo el descubrimiento en profundidad de dos mujeres excepcionales con vidas de novela.

—¿Cómo es hacer una novela por encargo?

—Pues te diría, después de once novelas, que la sensación es mejor que cuando tú planteas un proyecto personal porque en este caso te quedas con la sensación maravillosa de haber sido "la elegida". Se produce un vínculo especial entre editor, libro y proyecto; una especie de reto y también una presión y una responsabilidad de responder ante un equipo que confía plenamente en ti. Eso, personalmente me resulta muy motivador.

—¿Qué has descubierto de Carmen Icaza?

—Pues cuando me senté frente al personaje para iniciar el proyecto y la miré a los ojos me di cuenta de los difícil que era contar la vida de esta mujer. Por muchas razones; por la época tan controvertida, por su personalidad compleja y apasionante y por el entorno familiar, tan notable en la sociedad española de los años 30 y 40, así como su relevancia el devenir político y cultural de España.

A la mitad de la novela me dije: yo no voy a conseguir llegar a buen puerto. Además, cuando contacté con su nieto para documentarme, Íñigo Méndez de Vigo, el exministro de cultura, me decía todo el rato, "¿Estás segura de que quieres escribir sobre mi abuela? Pero si mi abuela no tenía una vida de novela" Me quedé planchadísima, pero ya no había marcha atrás. Una vez terminada la novela se la hice llegar, por supuesto, e inmediatamente me llamó y me dijo: "No has podido reflejar mejor a mi abuela; con sus luces y sus sombras. Reconozco que me he equivocado. Sí que tenia una vida de novela, o más bien de novelón".

—La historia de Carmen comienza con una escena singular, que es cuando ella tiene que decirle a su sobrina de 17 años que no puede casarse con su prometido

porque son hermanos ya que ella es fruto del amor secreto entre Sonsoles Díez de Rivera y el cuñado de Franco Ramón Serrano Suñer.

—Es que yo creo que ese momento tremendo, que es absolutamente real, define muy bien el carácter de Icaza. Una mujer sensible y valiente a la hora de afrontar un problema familiar que su propia hermana no fue capaz de solucionar. Durante 15 años Sonsoles de Icaza, su hermana, modelo de Balenciaga, fue la amante de Serrano Suñer, cuñado de Francisco Franco, y no vio el peligro de que la hija que habían concebido se enamorara del hijo de Serrano Suñer, pues se habían criado muy unidos. Un secreto a voces que todos callaban y que terminó de forma inevitablemente traumática.

—¿No temías, tal y como está el patio, que te acusaran de fascista al haber abordado la vida de esta mujer que colaboró estrechamente con el régimen de Franco?

—Pues sí. No ha sido fácil contar la historia desde el lado del que no se suele contar porque fueron los ganadores del a Guerra Civil y los que cometieron las peores tropelías tras la victoria. La revancha cruel del ganador. Nunca podremos saber, desde luego, qué habría pasado si hubiesen ganado la guerra los republicanos, pero desde luego lo que sí que yo quería reflejar al principio de la novela es cómo se van formando los dos bandos, cómo se va disgregado y dividendo las dos Españas y cómo en esas dos Españas las atrocidades están muy igualadas. Esa bifurcación era lo que yo quería contextualizar como fondo de esta biografía.

—Pero tenías claro que el contexto histórico no podía arrebatarte la novela, ni por peso ni por extensión

—Si lo hubiera permitido la novela se me habría ido por ahí. Yo además soy muy crítica también como lectora con las novelas sobre la Guerra Civil y entonces he procurado no cometer el error que a mi no me gusta ver cuando soy lectora y que, últimamente he visto en tantas novelas; uno se encuentra a borbotones con toda la información histórica, detalles, hechos, anécdotas, fechas, marcas, nombres, días… que el autor, incapaz de seleccionar, ha volcado íntegramente. Creo que esa incontinencia casi siempre perjudica a la narración. Tras documentarme con rigor, he sometido a un severo tamiz todo aquello que podía empañar la historia. Creo que el resultado es equilibrado, al menos, no es abrumador.

—¿Hay alguna lección que tú extraes tras escribir novela?

—Por supuesto. Es una lección extrapolable a nuestros días y se basa en un ejemplo emocionante: el hecho de que Nacionales y Republicanos se disputaran, para leerla, en plena Guerra Civil la novela escrita por Carmen de Icaza, titulada "Cristina Guzmán". O el hecho singular de que una comunista recalcitrante como era Dolores Ibárruri, La Pasionaria, fuera fan de la literatura de una falangista y lo reconociera públicamente. Ojalá ahí frente, en el Congreso de los Diputados, ocurriese esto; ojalá los políticos de hoy fueran capaces de encontrar puntos de encuentro en la cultura.

—Un buen ejemplo de lo que supusieron las novelas de Carmen es lo ocurrido en la cárcel de Alicante

—Efectivamente, y lo cuento en el libro porque me parece fundamental. En aquella cárcel de Alicante, donde había estado preso José Antonio Primo de Rivera, los presos se repartían por turnos el único ejemplar de Cristina Guzmán, la novela de Carmen. Hasta que un miliciano republicano se dio cuenta y dio la orden de requisarlo a los presos para circular, de mano en mano, entre los republicanos, sus familiares y sus novias. Eran los años de la guerra y claro, conseguir libros como conseguir comida o cualquier otro bien, no era tarea fácil. La lección, insisto en esto, está ahí y no debemos olvidarla. Por encima de los ideales, los bandos y las batallas, la cultura debe seguir siendo la tregua necesaria.

—¿Es esa la razón por la que utilizas fragmentos de esa novela de Carmen para articular la narración de tu propia novela?

—¡Es que esa novela de Carmen define tantas cosas! Cuando me senté a leer por primera vez Cristina Guzman, entendí por qué se había convertido en un best seller en ambos bandos. Es que se trata de una historia esperanzadora; la vida de una mujer fuerte, sola, luchadora, realmente increíble que aparece en un momento terrible de Guerra Civil donde la gente necesitaba, más que nunca, esperanza y consuelo. Y ambas están de una manera muy inteligente hilvanadas en la historia literaria de Cristina Guzmán.

Después de tanto tiempo de desmemoria, de alguna manera recuperar esos fragmentos de texto que abren cada capítulo de mi novela dan sentido a la escritura.

Encontrar y mostrar al lector de hoy los paralelismos entre la biografía de Carmen que yo cuento, y la vida de Cristina que ella contó ha sido mi homenaje particular a esta gran escritora y a una novela que significó mucho en unos años muy duros.

—¿Qué te ha seducido de Carmen Icaza?

—Lo que me sedujo de manera inmediata fue darme cuenta de que era una mujer con una gran firmeza de carácter, pero a la vez con una gran ternura. Inteligente, elegante, con una clase tremenda, era sobre todo intelectualmente poderosa. Realmente su fortaleza era su inteligencia, de la que emanaba una valentía que la llevó a escribir artículos muy polémicos de defensa de la mujer independiente y trabajadora, exigiendo el derecho de las mujeres a vivir solas, trabajar y ser dueñas de su destino. Hablaba con conocimiento de causa porque cuando murió su padre ella, que era la mayor, se puso a trabajar para sacar a su madre y sus hermanos adelante. Ella viene de esas ideas avanzadas, pero se va quedando deslumbrada por la figura de José Antonio posicionándose hacia Falange, aunque nunca perdió aquellas ideas. Sorprendentemente, el Régimen lo toleraba. Igual que toleró a Mercedes Formica, una de las tres únicas mujeres abogadas que había en Madrid, delegada del SEU, gracias a la cual se cambiaron leyes importantísimas que superaban las leyes de la II República en cuanto a igualdad.

—¿Cómo se te ocurre vincular a Ernest Hemingway en la vida de Carmen Icaza?

—Bueno, esa es en realidad la licencia de que me he permitido incluir en esta vida novelada. Realmente no hay invención ninguna en los hechos que describo en la novela, y tanto la vida de Carmen como la de Hemingway son fieles a la documentación y la realidad. Pero yo deseaba que ellos se conocieran, entablaran amistad y crearan un vínculo especial, y ese ha sido el punto creativo, digamos, el aporte de ficción, si quieres, o imaginativo, por mi parte.

De hecho, el título de la novela, “No habrá otra primavera” es una frase que le hago decir a Hemingway cuando, desvelado el misterio que cruza la trama y que relaciona a los dos escritores (no podemos revelarlo aquí, los lectores tendrán que leer el libro) (risas), decía que esa frase marca el anunciado final del escritor norteamericano y el comienzo de la sorpresa de de Carmen y del mundo de la literatura: “Las inolvidables primaveras de París no se repetirán en ningún otro lugar. Quédatelas todas. Te las regalo”

Espacio Ardemans es un local concebido como punto de encuentro de personas, asociaciones, grupos e iniciativas con inquietudes sociales. Un espacio para el intercambio de ideas, el debate y la difusión cultural.

En **Espacio Ardemans** encontrarás una sala de conferencias con una capacidad superior a las 100 personas donde llevar a cabo presentaciones de libros, impartir charlas, organizar exposiciones, eventos sociales, celebraciones, etc. Una tienda de libros, ropa, regalos y recuerdos. Un espacio para cargar el móvil y trabajar con tu ordenador. Y también un rincón donde tomar un café y compartir una charla.

(WhatsApp **601096363** o correo info@espacioardemans.es)

Una de las primeras actividades tendrá lugar el próximo jueves, 5 de mayo, a las 19:30 h. Se proyectará la grabación del musical "Mi princesa roja" contaremos con la presencia del productor de la misma, Miguel G. Álvarez, que nos contará algunas de las anécdotas entorno a la obra, su gestación y repercusión.

📅 5 de mayo 🕐 19:30 h. 📍 Ardemans, 66 (Madrid)

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a *fundacionjoseantonio@gmail.com*